

contra los húngaros o contra Alemania Oriental: se separó de esa insensata aventura en el justo momento en que supo que era insensata y tiránica: cuando comenzaron las *purgas* en la URSS, en 1934. Sábato es, pues, no tan sólo un testigo moral enfrentado a una desgracia ya longeva: es también un testigo de la vacilación, los equilibrios y la paciencia moral inusitada de tantos escritores y artistas que, al descubrir lo infiel de su fidelidad, creen no soportar el madrugón de Sábato, cuando lo que ya no soportan es su propio adormecimiento. La premura moral de Sábato equivale a un espejo en el que algunos colegas descubren hasta qué punto se les han pegado las sábanas. Pero hay que despertar del todo, y levantarse, y echarse a caminar. Y en el camino vamos a encontrarnos con unos cuantos seres pacientes que nos están mirando desde hace mucho tiempo. Esos seres se llaman disidentes.

* * *

Digamos algo sobre los disidentes. En primer lugar, dudo que la palabra haga justicia a lo que nombra. Disentir nos sugiere poca cosa. Tras la palabra disentir uno podría pensar en alguien que disienta sobre algo, incluso que dialogue. Un disidente podría ser quien discute algunos pormenores, o meramente los matiza. He conocido algún disidente checoslovaco: no le gustaba que le llamaran disidente. Sospecho que tenía bien claro que toda su conducta y su obra de oposición a un modelo de sociedad tiránico e indigno de los hombres no se abarcaba con la palabra disidente. Es que tras sustantivo tan discreto, de resonancias tan modosas, no es inmediata la visión de toda una dialéctica de miedo y de coraje, de asco y de indignación, de desilusión y de cólera. Sin embargo, la palabra ya ha hecho fortuna, se ha quedado a vivir en el lenguaje de la actualidad. Y más aún: se ha convertido en uno de los signos verbales más testarudos de los años recientes, en uno de los conceptos más capaces de aludir a la batalla que libra en nuestro tiempo la dignidad de la conciencia contra la opresión. Tanto es así que ha merecido ya llegar a ser una de las palabras más odiadas por la nomenklatura de los países domesticados y sometidos por el Kremlin, una de las palabras más odiadas por los cada vez más escasos intelectuales que apoyan desesperadamente a esa mentira de proporciones colosales. Equívoca en su origen, tranquila, casi suave en su raíz, la palabra disidencia acabó siendo una bandera. Y como una bandera es agredida. Hace algún tiempo, en una revista cultural —o kultural— de un país de obediencia soviética, leí unas frases contra los disidentes y contra los intelectuales occidentales

que les ayudan o que les escuchan. Eran frases de una violencia directamente bélica, histéricas en su expresión, espinadas de odio. Tras ese odio existe la oscura inteligencia de quien sabe que la palabra disidencia ha acabado constituyéndose en la parte visible de un iceberg que se llama, cuando menos, oposición. Recientemente ha aparecido un libro dedicado a historiar sistemáticamente, documentadamente, la oposición en la Unión Soviética, Hungría, Checoslovaquia y Polonia. Para su autor, la oposición en estos países llamados socialistas «constituye uno de los acontecimientos más relevantes y cargados de futuro de la segunda mitad del siglo XX. Y es parte esencial de una realidad más amplia, que durante largo tiempo fue ignorada o tergiversada: la naturaleza socialmente antagónica del sistema soviético. Hasta la muerte de Stalin su imagen externa correspondía a lo que supuestamente, según la doctrina oficial, era el principal e inmovible fundamento del sistema: la unidad monolítica partido-Estado-pueblo. En los últimos veinticinco años el espejismo se ha desvanecido y los antagonismos sociales han irrumpido clamorosamente a la luz del día. Ya nadie puede llamarse a engaño cuando allí, exhibiendo su máximo título de legitimidad, dicen representar a la clase obrera. La oposición es reflejo de esos antagonismos al mismo tiempo que los revela e intenta superarlos. En los períodos "normales" puede parecer de poca entidad, dados los medios excepcionales con que cuentan las dictaduras totalitarias no sólo para reprimir sus 'disidencias', sino para ocultar, incluso, su existencia. Nunca se insistirá bastante sobre este segundo aspecto: puede ocultarlas hasta de ellas mismas. Pero en cada una de las crisis por las que han atravesado los cuatro regímenes considerados en el presente trabajo se ha puesto de manifiesto que la oposición reflejaba los sentimientos y aspiraciones de la gran mayoría de la sociedad. Hace tiempo que no existirían tres de esos regímenes de no haber sido por la intervención militar de Moscú o la amenaza de llevarla a cabo (...) Algo es indudable: el fantasma de la oposición recorre la Europa del Este». ¿Quién ha escrito estas frases? ¿Un conocido o encubierto agente de la CIA? ¿Un intelectual vendido al capitalismo internacional y esclavo satisfecho del imperialismo norteamericano? Pues mira tú por dónde: no. Las ha escrito un ex comunista llamado Fernando Claudín (10). Uno de tantos que gastaron su juventud en ese formidable embuste, un combatiente antifranquista que llegó a ser miembro del Comité Central del Partido Comunista de España,

(10) Fernando Claudín: *La oposición en el «socialismo real»*. Editorial Siglo XXI. Madrid, 1981, pp. 363-64.